

todos los economistas y la abrumadora mayoría de la comunidad dedicada a las actividades económicas desplegaron una consistente oposición crítica contra todo aumento de los gastos gubernamentales, incluso de los erogados con fines militares y navales. Entre sus doctrinas cardinales se contaban la reducción de impuestos hasta un mínimo, la eliminación de toda interferencia estatal en los negocios particulares y la supresión de preferencias discriminatorias en favor de la navegación nacional y del comercio colonial.

Inglaterra aumentó rápidamente en riqueza, poder y prestigio. El crecimiento de los Estados Unidos fue todavía más rápido. Pese a alguna fricción, existía tan fuerte sentimiento de solidaridad entre ambos países, que cualquier dificultad surgida entre ellos podía y quería resolverse sin recurrir a la guerra. Este sentimiento progresó y se extendió hasta el punto de que quienes laboraban por el libre-cambio vinieron a identificar su causa con la causa de la paz. Acabaron creyendo que el librecambio universal fomentaría la prosperidad pacífica en todas las naciones. Acaso haya sido demasiado cándido creer que el comercio de libre competencia pudiera engendrar una paz próspera, pero al menos demuestra esa creencia lo completamente que se habían emancipado los librecambistas de la idea mercantilista según la cual la guerra económica es un recurso para aclanzar el poder nacional

Los economistas clásicos, asimismo, demostraron poco interés en el problema del empleo, problema que también había preocupado a los mercantilistas. Desecharon el temor ante las importaciones, el miedo a que una balanza desfavorable de pagos acarrearía la merma del oro, redujera la circulación monetaria, hiciera descender los precios y provocara de esta forma una periódica depresión industrial y la ruina social. Esto era así, por un lado, porque a ellos les interesaba el análisis del equilibrio conseguido a la larga, y por tanto prescindían de las consecuencias accidentales que pudieran derivarse de romper provisionalmente dicho equilibrio, ya que consideraban estas transgresiones como algo sin importancia ni consecuencia. Pero, por otro, su actitud descansaba, en gran medida, sobre una firme confianza en las virtudes de la competencia.

Al discutir la división de las ganancias comerciales, es necesario en primer lugar violentar estas vastas concepciones de los economistas clásicos. Su repudio total de la filosofía mercantilista y su adopción de posturas completamente contrarias explican por qué fueron indiferentes ante los determinados cálculos de cualquier división exacta, y aun aproximada, de las ganancias del comercio. Lo que a ellos les interesaba en este punto era determinar el uso más eficiente de los recursos productivos del mundo que llevaran a un comercio mundial progresivo. Confiaban en que cada país participaría de este comercio según su eficiencia..

Impelidos por semejantes creencias y confiados en su propio poder

competitivo, los comerciantes que defendieron el movimiento librecambista en el segundo cuarto del siglo XIX pesaron mucho con su vigorosa campaña en favor del desarme económico unilateral. No se les ocultaba la necesidad de reducir las tarifas en todo el mundo, pero estaban decididos a iniciar esta reducción en casa. Su embestida primera y principal se enderezó contra el monopolio y el privilegio en Inglaterra. Sin importarles que otras naciones tuvieran o no el buen sentido de seguir su ejemplo, estaban resueltos a lanzar por la borda la protección que la tarifa sobre el trigo daba a los terratenientes, y a descalabrar de esa forma el poder político de la aristocracia. Por ende, les interesaba poco el uso de la tarifa como arma de regateo en los tratos comerciales que sostenían con otras naciones. Tampoco les interesaban los minuciosos cálculos necesarios para descubrir cuál de entre dos países comerciales era el más conveniente desde el punto de vista particular o del comercio en general. La enorme expansión del comercio que profetizaban con mucha confianza y exactitud, daría oportunidades a todos. Les bastaba que dependiera de la eficiencia y espíritu emprendedor de su propio país la proporción de ganancias que le tocaran...

LOS DISIDENTES

En años recientes se ha reconocido que muchos contemporáneos de Ricardo se negaron a aceptar tanto la validez de su análisis teórico, como las conclusiones de aplicación práctica que deducía de dicho análisis suyo. J. M. Keynes ha hecho notar la independencia de Malthus y ha reconocido en favor de éste muchos de los hechos sobre los cuales se han edificado las mismas teorías de Keynes recientemente. Pero Malthus no estaba solo en este aspecto. De los disidentes cuyas enseñanzas son importantes para el estudio del comercio internacional, el primer grupo que debe señalarse está formado por aquellos que, en países nuevos o en países económicamente atrasados, se opusieron a las doctrinas librecambistas por razones económicas. Fundamentalmente, dichos escritores se apoyaban en el argumento de la industria en estado infantil como corazón de una teoría del desarrollo económico. *El locus classicus* de su argumentación se halla en el *Informe sobre la Cuestión de las Manufacturas*, de Alexander Hamilton, presentado a la Cámara de Representantes en diciembre de 1791. Aunque no se reconoció inmediatamente toda su importancia, este informe acabó mirándose como algo terminante, cuando se organizaron enérgicamente al terminar las guerras napoleónicas las primeras campañas americanas pro tarifas...

El segundo grupo que debemos tener en cuenta es el de los reformistas coloniales. Su espíritu mentor fue Edward Gibbon Wakefield. La asociación de naciones autónomas de la Comunidad Británica constituye el monumento erigido en su memoria. Su importancia política en nuestro mundo no necesita ponderarse; pero su trascendencia económica es también considerable. Las ideas actuales

sobre organización regional económica fueron claramente anticipadas en las teorías coloniales que elaboró este grupo de reformistas de las colonias.

El tercer grupo de disidentes fue el responsable del continuo crecimiento de la doctrina socialista desde las primeras décadas del siglo XIX... En dicho grupo, bien se expresara en los sentimientos evolutivos del socialismo utópico, o con los acentos revolucionarios del marxismo, en donde han de encontrarse las ideas de eficiencia técnica, de economías planificadas para conseguir el empleo total y de justicia distributiva, que se cuentan hoy entre los más importantes elementos en toda discusión de política nacional que afecta a las relaciones internacionales.

El desafío al librecombio por razones políticas constituyó un cuarto grupo de disidentes de las doctrinas económicas clásicas. Este reto resultó ser crucial. El resurgir de ideas proteccionistas en Europa—muy especialmente en Alemania— dependió más aún de causas políticas que de razones económicas. Friedrich List fue el profeta de nacionalismo económico y sus argumentos cayeron en tierra fértil, cuando la integración de los estados alemanes en un gran imperio nuevo situado en el corazón de Europa trastornó el equilibrio de poder. Este surgir de Alemania fue el más portentoso acontecimiento de la segunda mitad del siglo. Pero el nacionalismo no se limitó a Alemania. El comercio puede superar las barreras de tarifas; pero no puede contender con las prevenciones e inseguridades creadas por la guerra económica, manejada como un complemento de la diplomacia, que se basa en los armamentos.

Las contribuciones de estos grupos disidentes al pensamiento económico han quedado oscurecidas por la loa tributada a los economistas clásicos, cuyas teorías habían sido llevadas a la práctica en la experiencia librecambista que, a lo que parece, fue cimiento de la posición predominante de Inglaterra en el comercio y las finanzas durante el siglo XIX. La influencia de los economistas clásicos se extendió más a causa de que sus teorías proporcionaron la estructura lógica y analítica que sirvió para que edificaran sus doctrinas sobre ella los economistas posteriores. Las herejías nunca se olvidaron completamente. Durante todo el siglo XIX se repitieron de vez en cuando. Pero no lograron el reconocimiento intelectual, puesto que las normas prácticas propuestas por la escuela ortodoxa parecían estar sancionadas por la experiencia. Con todo, en nuestra propia época, en que se desarrollan bloques regionales, en que el empleo total y el desarrollo económico nacional resultan consignas aceptadas, y en que la estrategia económica no puede abandonarse, a menos de arriesgar la existencia misma nacional, podría acaso prestarse más atención a aquellas voces del pasado.

LECTURAS